

Una cena gozosa con el Señor

John Bradford se paró valientemente ante el presidente de la Cámara de los Lores. "Les ruego", dijo el joven, "que no condenen al inocente. Si creen que soy culpable, entonces dicten sentencia en mi contra. De otro modo, deben otorgarme la libertad".

Bradford, el amado pastor de la capilla San Pablo en Londres, fue encarcelado por tener creencias diferentes a las de la iglesia estatal, durante el reinado de la reina María. El tiempo que estuvo en la cárcel, lo visitaban tantos miembros de su congregación, que continuó predicando dos veces al día. También les predicaba semanalmente a los demás hombres que había en la prisión - ladrones y malhechores - enseñándoles la palabra de Dios, y a menudo les daba dinero para que compraran alimentos.

Los guardias a cargo de Bradford confiaban tanto en él, que a menudo le permitían salir de la cárcel sin escolta, para ir a visitar a miembros de su congregación que estaban enfermos. Lo único que tenía que hacer era prometer regresar a cierta hora. Ponía tanto empeño en cumplir su palabra, que casi siempre regresaba antes de la hora designada.

Después de un año y medio, a Bradford le ofrecieron otorgarle el perdón si solo se retractaba de sus creencias, pero se negó a hacerlo. Seis meses después repitieron la misma oferta, y la misma fue rechazada nuevamente.

"John", le advirtieron sus amigos, "debes hacer algo para pedir más tiempo. Pide discutir tus creencias religiosas ante los estudiosos de la reina María. Ellos te protegerán del peligro inmediato".

John respondió: "Si hago tal cosa, el pueblo pensará que he comenzado a dudar de la doctrina que confieso. De eso no tengo duda".

"Entonces es probable que te maten muy pronto", le dijeron sus amigos con tristeza.

Al día siguiente John fue sentenciado a muerte, y fue la esposa del carcelero quien vino trayendo la noticia: "Mañana morirás quemado".

Bradford levantó la vista al cielo y dijo: "Te doy las gracias, mi Dios. Por mucho tiempo he esperado que llegue este momento. Señor, permite que yo sea considerado digno de tal cosa".

Deseando que las multitudes no se enterasen de lo que iba a suceder, los guardias transfirieron a John a otra prisión durante la noche. Pero de alguna manera corrió la noticia, y una gran multitud se congregó para despedirse de él. Muchos lloraban mientras oraban por él. Por su parte, Bradford se despidió gentilmente, y fervientemente oró por ellos y por su futuro.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, una gran multitud se había congregado en el lugar donde Bradford sería quemado. Finalmente, a las nueve de la mañana, un número poco acostumbrado de guardias armados escoltaron a Bradford hasta la hoguera. Junto a él, se encontraba John Leaf, un adolescente que también había rehusado negar su fe. Ambos se postraron boca abajo en el suelo y oraron por una hora.

Bradford se levantó, tomó un pedazo de madera, y besó el poste donde sería amarrado. Entonces le habló a la multitud en voz alta: "¡Inglaterra, arrepíentete de tus pecados! Huyan de la idolatría. Huyan de los falsos maestros. Cuídense de no ser engañados por ellos!" Entonces perdonó a sus verdugos y le pidió a la multitud que orase por él.

Se volvió hacia el joven John Leaf y le dijo: "¡Recibe consuelo, hermano, porque esta misma noche disfrutaremos de una alegre cena con el Señor!"

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese; sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.

El apóstol Pedro
Martirizado en Roma el año 65 d.C.
(1 Pedro 4:12, 13, RV - 1960)

Por John Bradford
Inglaterra
1555